

XXXI Domingo Tiempo ordinario

Deuteronomio 6, 22,6; Hebreos 7,23-28; Marcos 12, 28b-34

«¿Qué mandamiento es el primero de todos?»

4 Noviembre 2012 P. Carlos Padilla Esteban

«Podemos disfrazarnos de lo que queramos, pero al final estamos desnudos ante Dios. Con las manos vacías y la misma necesidad de ser amados»

La verdad es que nunca me ha gustado demasiado disfrazarme. Ni siquiera en esas fiestas de disfraces a las que nos invitaban de niños. Me parece bien que otros lo hagan. En realidad, no tiene nada de malo cuando lo hacemos en una fiesta de disfraces. Es sólo un juego. Lo malo es cuando se convierte en un hábito, y acabamos viviendo disfrazados, buscando disfraces con los que disimular lo que no nos gusta de nuestra vida. Entonces tenemos un pequeño problema. En esas ocasiones, a lo mejor resulta que, detrás de un disfraz, nos sentimos más seguros. Más cobijados y amparados bajo una apariencia distinta, una sencilla máscara. La inseguridad es común en el alma. Todos vivimos con una cuota grande de inseguridad. Sí, la inseguridad y los miedos nos acompañan. Porque no encontramos un lugar en el que descansar, un seguro amparo. Como decía el P. Kentenich: «*La constante del desamparo y de la inseguridad son parte de la estructura ontológica del ser humano*»¹. Nos sentimos desamparados en la vida y rechazamos entonces nuestra imagen y la historia que nos toca vivir. Nos tienta entonces la posibilidad de vivir con otra imagen que nos agrade más. Otro nombre y otras características parecen más atractivos. Disfrazamos nuestra vida y así deja de ser todo tan rutinario y vulgar. Creo que los disfraces pueden ser divertidos, pero no nos eximen de enfrentarnos con la vida tal y como es. Como leía hace poco: «*No podemos erradicar el dolor, ni evitar el sufrimiento, eso no se le puede pedir a la vida, pero sí un bien común como es la esperanza y la capacidad para elegir lo menos malo*»². Tenemos la capacidad de elegir lo menos malo o lo mejor. Aunque no podamos cambiar el decorado. Podemos evitar ciertos sufrimientos, porque a veces sufrimos sin ninguna razón. Una persona rezaba así hace poco: «*Tengo que esforzarme por discernir lo que realmente debe hacerme sufrir y lo que no. Las cosas tienen la importancia que les quieras dar, y a veces percibo que ponerte a ti, Señor, en el centro, es tan fácil, que me escandalizo por haber tomado antes el camino contrario*». Con disfraz o sin disfraz la vida es la misma. La podemos disimular, pero en nosotros está la opción de elegir qué me hace sufrir y qué no. **Podemos disfrazarnos de lo que queramos, pero al final estamos desnudos ante Dios. Con las manos vacías y la misma necesidad de ser amados.**

Esta semana nos hemos confrontado con la muerte y con la santidad en la fiesta de todos los santos. Ese día muchas personas han celebrado Halloween. En esa celebración pagana existe un culto a la muerte. Sabemos que las iniciativas que ridiculizan la muerte y los muertos acaban provocando decepción. Vivimos en una sociedad escandalizada y traumatizada con el sufrimiento y con la muerte, con el dolor y la frustración; una sociedad en la que, llegado el momento de acompañar a quien sufre, el hombre no sabe ni qué decir ni hacia dónde mirar, ni tampoco dónde encontrar esperanza. Tarde o temprano, más allá de los disfraces y de las fiestas, toca toparse con la muerte. Entonces

¹ J. Kentenich, “Niños ante Dios, 262

² Javier Urra, “¿Qué se le puede pedir a la vida?”, 39

comprobamos cómo hemos vivido realmente. La muerte no nos resulta un amigo cercano, no la podemos sortear y nos asusta, y nos confronta con nuestros límites. Aunque nos queramos reír de la muerte siempre acaba saliendo a nuestro encuentro. Y no sabemos cómo enfrentarnos a ella: «*¿Por qué nosotros, los adultos responsables, razonables, juiciosos, hemos perdido la hermosa simplicidad? Nos enredamos con engaños, sobrentendidos, tabúes. Por pudor, o por miedo, desterramos de nuestro vocabulario términos como «muerto». Esta palabra se vuelve impronunciable, inaudible. Sin embargo, es una realidad imparable. No son las palabras las que hacen daño, es la manera de decirlas*»³. La muerte sólo significa la puerta de entrada a una vida nueva. Pero nos asusta. El miedo se apodera de nuestra vida efímera. Tendríamos que aprender a lidiar con ese miedo a que nuestra vida o de la vida de nuestros seres queridos acabe un día. Recuerdo, al pensar en este miedo ineludible, en Felix Baumgartner y en su gran salto. Él confesaba: «*A veces tienes que subir realmente alto para darte cuenta de lo pequeño que eres. He aprendido a usar mi miedo a mi favor. El miedo se ha convertido en un amigo mío. Es lo que me mantiene a raya. No sería humano si no hubiera tenido miedo allí arriba. Si algo sale mal, puedes morir en 15 segundos*». El miedo ante la muerte es real. Es el miedo ante lo desconocido. Pero aún así, recuerdo a una persona que, en la hora de su cercana muerte, le comentaba a un sacerdote: «*¿Está mal que desee tanto estar ya con el Señor? Me da mucha pena dejar a mis hijos y a sus familias*». El deseo del cristiano debería ser estar con el Señor para siempre. Pero parece que a los cristianos nos asusta tener que ir al cielo. Cuanto más queremos a las personas, más nos puede costar dejarlas. Sabemos que la plenitud de la vida consiste en vivir con Dios para siempre. **Dejando el cansancio de esta vida y gozando de la plenitud que aquí sólo intuimos.**

Mirando nuestra vida, nuestra debilidad y nuestros anhelos, surge el deseo de llevar una vida santa. La santidad consiste en ver a Dios en nuestra historia, en ver su rostro oculto entre las sombras. La santidad es la alegría que nos da el saber que estamos donde Dios nos quiere y no en cualquier otra parte. Sin querer estar donde no estamos, sin que nos atormente el miedo a cometer algún error. La santidad es una gracia que se nos regala y hace así luminosa nuestra vida. No somos santos cuando nos empeñamos en que la vida sea perfecta. Porque la perfección de los hombres es siempre incompleta. Queremos ser perfectos para Dios y lo somos cada día que nos levantamos y miramos nuestra vida con alegría y esperanza. Pero ser perfeccionistas nos convierte en obsesivos y amargados, porque no sale siempre todo tal y como lo deseamos. Para Dios, quien lo ha creado todo por amor, la perfección consiste en que tengamos paz en el alma y amemos sin reservarnos nada. El otro día una persona, al salir de una dura enfermedad, me decía con algo de tristeza: «*Ya ningún día es perfecto*». La enfermedad cambia muchas cosas. Nos muestra que somos vulnerables. Nos hace comprender que la vida es corta y que no somos eternos. Nos recuerda nuestra pobreza y nos hace entender que la vida no consiste en la gloria de este mundo. Esta persona me lo decía con cierta pena. Pero no hace falta vivir la enfermedad para comprobar que nuestros días no son perfectos. En realidad, casi nunca lo son. Y nunca lo van a ser. Muchas veces nos preguntamos, ¿cuándo viviremos un día perfecto? ¿Cuándo dejará de haber un atisbo de tristeza en el corazón? ¿Cuándo nos saldrá todo bien, tal y como queremos, según nuestros planes? ¿Cuándo recibiremos sólo amor, sin críticas ni reproches, sin quejas ni rechazo? Valoramos los días de acuerdo a nuestras expectativas y deseos. Por eso muchas veces vivimos con desazón y tristeza. Ya lo decía el P. Kentenich: «*La causa profunda de nuestra infelicidad está en nosotros mismos, en la irredención y esclavitud de nuestra propia alma*»⁴. Tal vez les echamos la culpa de nuestra frustración a otros y buscamos el mal lejos de nosotros. Pero es en nuestra alma esclava donde nace nuestra infelicidad. **Chocamos con deseos que nunca son satisfechos, y pretendemos, detrás de nuestro disfraz, alcanzar la paz perdida.**

³ Anne-Dauphine Julliand, “Llenaré tus días de vida”, 166

⁴ Carta del P. Kentenich a los jefes de la Federación Apostólica de Schoenstatt, del 6 de noviembre 1919

Por eso quisiéramos ser libres para poder ser felices, para vivir con paz. Libres de nuestras propias expectativas y de las de los demás, de aquello que espera el mundo de nosotros. Libres de la imagen que tenemos que dar, libres de esa altura a la que debemos brillar para no caer en descrédito. Acostumbramos a las personas a ciertas cosas y luego sufrimos con angustia tratando de no defraudarles. Y no es fácil. Creamos expectativas con nuestro amor y entrega, expectativas con las cosas que alguna vez hemos realizado bien, expectativas con la entrega y generosidad que un día marcó nuestra vida. Ya nunca podemos echar marcha atrás, ni fallar, ni caer. Y nos angustiamos luchando denodadamente por estar a la altura, para no defraudar. Y así fácilmente nos acomodamos a las expectativas que los demás tienen. El resultado es que nos acabamos disfrazando, sí, como en Halloween, para no defraudar a nadie. Nos cubrimos con las caretas que el mundo espera ver. Y dejamos de ser libres. Nos llenamos de disfraces, con esos viejos tapujos que nos quitan la paz, para satisfacer los deseos de los otros y del mundo. Una persona me decía: «*Hay personas que siempre te obligan a ser quien tú no eres. En cada encuentro acabas diciendo lo que no quieres decir, sino lo que esta persona desea escuchar. Hay personas que siempre te arrastran a sus caminos, que utilizan tu vida para reforzar la suya. Que te etiquetan, que te colocan en un lugar del que te cuesta salir sin utilizar la violencia. Hay personas que afirman que te quieren y tú nunca sientes calor a su lado, sino impotencia.*» Podemos dejar de ser quienes queremos ser. Vivimos entonces dando respuesta a las expectativas del mundo y nos acabamos consumiendo en un intento frustrante por ser perfectos. Acabamos renunciando a nuestra verdad para ganar elogios y alabanzas que pronto pasan. **No podemos vivir así, necesitamos libertad para poder ser auténticos y fieles a nosotros mismos, mostrando sin miedo nuestra verdad.**

Nosotros queremos ser fieles a nuestra originalidad, a la vocación a la santidad personal que Dios ha sembrado en nuestra alma. Queremos ser sinceros y aspirar, al menos, a engrosar las listas de los santos anónimos y desconocidos, esos hombres y mujeres que dieron su vida por Cristo. La santidad que buscamos, la que puede colmar nuestras ansias de infinito, es una santidad que Dios construye sobre nuestros frágiles cimientos. Pero sabemos que los cimientos son de Dios, de Él, que construye sobre nosotros: «*Yo te amo, Señor tú eres mi fortaleza; Señor, mi roca, mi alcázar, mi libertador. Invoco al Señor de mi alabanza y quedo libre de mis enemigos. Viva el Señor, bendita sea mi Roca sea ensalzado mi Dios y Salvador. Tú diste gran victoria a tu rey, tuviste misericordia de tu Ungido*» Sal 17,2-3a. 3bc-4 47 y 51ab. Somos santos cuando construimos sobre la roca que es Cristo. Cuando su vida da respuesta a nuestra alma. Y el camino queda marcado por la obediencia a Dios. Hoy escuchamos: «*En aquellos días, habló Moisés al pueblo, diciendo: - Teme al Señor, tu Dios, guardando todos sus mandatos y preceptos que te manda, tu, tus hijos y tus nietos, mientras viváis; así prolongarás tu vida. Escúchalo, Israel, y ponlo por obra, para que te vaya bien y crezcas en numero. Ya te dijo el Señor, Dios de tus padres: - Es una tierra que mana leche y miel. Escucha, Israel: El Señor, nuestro Dios, es solamente uno. Amarás al Señor, tu Dios, con todo el corazón, con toda el alma, con todas las fuerzas. Las palabras que hoy te digo quedarán en tu memoria*» Deuteronomio 6, 22,6. La obediencia a Dios nos muestra el camino y hace real su promesa. Aunque no sea siempre sencillo obedecer al Señor. Sabemos su marco de referencia. Sabemos dónde nos movemos y que el bien y el amor transforman el mundo. Pero luego, a la hora de actuar en cada decisión concreta, ¿qué quiere Dios? ¿Qué espera de nosotros? Nos parece demasiado difícil entender sus órdenes. Entre el vicio y la virtud sabemos diferenciar, resulta más sencillo. Pero cuando tenemos que optar entre dos bienes; cuando sea lo que sea lo que elijamos estamos causando un bien, **¿qué tenemos que hacer? ¿Qué quiere Dios que elijamos? ¿Cuál es el mandamiento más importante?**

El Evangelio de hoy formula esta misma pregunta. Porque todos queremos saber qué hay que hacer para ser fieles a Dios: «*En aquel tiempo, un escriba se acercó a Jesús y le preguntó: - ¿Qué mandamiento es el primero de todos?*» Tal vez parece una pregunta con

trampa, como si quisieran provocar a Jesús. Comenta San Beda: «*Entre los escribas y fariseos se trataba la grave cuestión de cuál era el mandamiento primero de la ley divina. Unos decían que el ofrecer panes ázimos y sacrificios, y otros que el hacer obras de fe y de caridad. Estos últimos se fundaban en que muchos de los padres anteriores a la ley habían agrado a Dios con obras tanto de fe como de caridad. Y este escriba declara que así era como él pensaba*». Es la misma pregunta que siempre nos hacemos: ¿Es más importante privilegiar los sacrificios a Dios o elegir la caridad con el prójimo? Es la misma pregunta que Jesús nos hace: ¿Cuál es nuestro principal mandamiento? ¿A quién obedecemos de verdad? Jesús nos hace ver que estos dos mandamientos van unidos y son los más grandes. No hay nada más fuera de ellos. El amor a Dios y al prójimo van unidos. No se separan nunca. **El amor tiene que ser más fuerte que el odio y la muerte. Un amor que nos une a Dios y a los hombres.**

Parece entonces clara la respuesta a tantos interrogantes que hoy surgen en el alma: todo se juega en el amor. Así responden Jesús y el escriba a la pregunta sobre el mandamiento principal: «*El primero es: - Escucha, Israel, el Señor, nuestro Dios, es el único Señor: amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente, con todo tu ser. El segundo es éste: - Amarás a tu prójimo como a ti mismo. No hay mandamiento mayor que éstos. El escriba replicó: - Muy bien, Maestro, tienes razón cuando dices que el Señor es uno solo y no hay otro fuera de él; y que amarlo con todo el corazón, con todo el entendimiento y con todo el ser, y amar al prójimo como a uno mismo vale más que todos los holocaustos y sacrificios. Jesús, viendo que había respondido sensatamente, le dijo: - No estás lejos del Reino de Dios. Y nadie se atrevió a hacerle más preguntas*» Marcos 12, 28b-34. Amar a Dios y amar al prójimo es el camino para hacer presente el Reino. Amar a Dios sobre todo, con toda el alma, porque Él sostiene nuestra vida. Y amar al prójimo como a nosotros mismos. El Reino de Dios se hace vida en nosotros en el amor: «*Mirad cómo se aman*». En nuestro amor verán el amor de Dios y su belleza. Así lo comentaba el P. Fernando en la eucaristía por sus bodas de plata sacerdotales: «*Tenemos que apostar por el amor y tenemos que abrir nuestro corazón porque el amor es el único que es capaz de romper todas nuestras defensas y todas nuestras dificultades*». El amor a Dios y el amor al prójimo, ¿por dónde empezamos? Sería absurdo decir que amamos a Dios mientras despreciamos al prójimo. Darnos golpes de pecho en la eucaristía para luego ofender al primero que se cruza en nuestro camino. Pretender estar bien con el Señor cuando no estamos bien ni en paz con los que nos rodean. Son incoherencias en la vida del cristiano. Se arrodilla en profunda oración y luego no es capaz de perdonar. Hace silencio para escuchar a Dios y no es capaz de dominar su lengua al caer en la crítica. Busca con fervor la misericordia de Dios pero luego no es misericordioso con los hombres. El amor a Dios comienza por el amor al prójimo. Aprendemos a amar a Dios en el amor a aquellos que Dios nos regala en nuestra familia. **El amor humano nos abre al amor a Dios. No podemos separar ambos amores.**

Está claro que a través del amor de nuestros padres, o de aquellos que nos cuidan de niños, comenzamos a percibir cómo es el amor de Dios. El amor natural nos hace más real y cercano el amor de Dios. La experiencia de un padre que nos quiere nos ayuda a comprender que Dios es Padre y nos abraza. En el abrazo humano nos encontramos con el abrazo de Dios. Nos vamos formando como personas en el amor humano que recibimos, en ese calor que nos entregan. El protagonista de la película «*Todos los días de mi vida*» comentaba: «*Cada uno es la suma de todos os momentos que hemos experimentado con todas las personas que hemos conocido. Forman nuestra historia*». Somos la historia hecha carne. En ese amor que recibimos de las personas que nos quieren y a las que queremos, nos encontramos con Dios. Nuestras experiencias de amor dan forma a nuestra vida. Una persona le agradecía a María por el amor de Dios en su matrimonio: «*Me has dado una persona que me quiere mucho. ¡Es tanto el bien que hace en mi vida! Tú, Madre, me has mostrado cómo me lo habías preparado y ahora, en las dificultades que prueban a tantos matrimonios, nos muestras que nuestra unión es como una ciudadela, a prueba de bombas y ataques*». En el amor

de nuestro cónyuge descubrimos el amor de Dios. En ese amor frágil vemos un reflejo pálido del amor de Dios. Ese amor lleno de contradicciones, ese amor en el que a veces sólo vemos el pecado, nos hace encontrarnos con Dios, con su amor y su misericordia. El sacramento del matrimonio refleja el amor de Dios en nuestro amor. **No podemos separarlo. Aprendemos a ver su amor perfecto en ese amor incompleto de los hombres.**

Pero es cierto, por otro lado, que, cuando hemos recibido rechazo u odio, es difícil comprender el amor de Dios. Si nos dicen que Dios es amor, y, en nuestra vida, no hemos recibido amor, es difícil que podamos ponerle cara al amor de Dios. Aplicamos atributos al amor de Dios sólo por analogía. Sabemos que es misericordioso cuando en nuestra vida hemos recibido la misericordia como don. Es en ese amor recibido en el que aprendemos a querernos tal y como somos. Sólo así, cuando nos queremos lo suficiente, podemos amar bien a los demás. Cristo nos pide amar al prójimo como a nosotros mismos. Cuando nos queremos, cuando nuestra autoestima es sana, podemos amar sin retener y entregar la vida sin exigir nada a cambio. Porque es cierto que, si nos amamos tal y como somos, no dependeremos tanto de los aplausos y de los halagos, ni del reconocimiento exterior. No buscaremos caricias de amor, porque nos sentiremos amados en lo más profundo del corazón. Aunque es verdad que siempre vivimos con una herida de amor que nos recuerda que sólo en el cielo será todo perfecto. Dios con su amor nos acepta en nuestra originalidad. En nuestra fealdad y en nuestra belleza nos quiere como somos. En nuestros éxitos y en nuestras caídas nos acompaña. **Y en la pobreza y riqueza de nuestra vida nos abraza para que podamos caminar.**

Por otro lado, cuando amamos a aquellos que Dios nos confía, cuando nos entregamos con generosidad, nos hacemos más capaces de amar a Dios. José Saramago hablaba así de la paternidad y de los hijos y de cómo nuestra entrega a ellos nos educa para el amor y nos hace más libres y generosos: «*Hijo es un ser que Dios nos prestó para hacer un curso intensivo de cómo amar a alguien más que a nosotros mismos, de cómo cambiar nuestros peores defectos para darles los mejores ejemplos y de cómo nosotros aprender a tener coraje. Ser madre o padre es el mayor acto de coraje que alguien pueda tener, porque es exponerse a todo tipo de dolor, a la incertidumbre de estar actuando correctamente y al miedo a perder algo tan amado*». En el amor a los hijos que Dios nos confía, aprendemos a amar con libertad, sin querer cambiarlos, sin pretender retenerlos entre nuestros brazos. **Aprendemos a negarnos a nosotros mismos por amor, por el bien de los que nos confían, entregando la vida.**

Queremos amar a Dios desde nuestra pequeñez, desde nuestras heridas, desde nuestra verdad. Cuando somos conscientes de nuestra dependencia, Dios se vuelca sobre nosotros. Decía el P. Kentenich: «*El hombre que ante Dios se reconozca pequeño y confiese su miseria, será en cierto sentido "omnipotente" ante Dios y Dios omnipotente será a su vez "impotente" ante él*»⁵. Cuando nos sentimos impotentes despertamos la omnipotencia de Dios. Nuestra debilidad debe conducirnos a su amor y no alejarnos. A veces nos hace sentirnos indignos. Una persona decía: «*Hay dos reacciones que me matan, el miedo a no "dar la talla" y el pánico a estar sola y no ser querida. Mis complejos, "mi tengo que" y las heridas de amor que he ido acumulando en mi historia, me convierten en una mendiga de amor y misericordia y no en una hija necesitada de su Padre*». Nuestras heridas y miedos pueden alejarnos de Dios y hacernos mendigar entre los hombres. Pero no es el camino. Somos hijos necesitados del amor de Dios. Nuestras heridas nos convierten en mendigos. Necesitamos que Dios se vuelque sobre nosotros y nos recuerde lo que valemos, sin máscaras ni disfraces, sin tener que dar la talla. En Él nos refugiamos para recibir su amor. **Queremos pedirle que nos regale una fe fuerte y nos permita encontrarle en el amor que entregamos y recibimos, y en esa herida que nos hace vulnerables.**

⁵ J. Kentenich, “Niños ante Dios”, 54. 56